

Homofobia: enfermedad y germen¹

Xabier Lizarraga Cruchaga
Dirección de Antropología Física-INAH

*El lenguaje opresivo hace algo más
que representar violencia: es violencia.*

Toni Morrison

Resumen

La homofobia podemos imaginarla —si nos concedemos permiso para la metáfora— como una persistente presencia fantasmal que sobrevuela la cotidianidad sembrando temores y resentimientos, insidias, culpas, vergüenzas y desconfianzas, y cosechando con implacable e irónica crueldad y prepotencia, innumerables distanciamientos y desgarros que producen un malsano miasma de violencia y miedo. La homofobia es guerra y gangrena.

Palabras clave

Homofobia y gays.

Summary

Homophobia can be imagined—allowing ourselves to use a metaphor— as a persistent, ghostly presence that encompasses daily life, sowing fear and resentment, insidiousness, guilt, shame, and distrust; harvesting with relentless, ironic cruelty and prepotency countless alienations and ruptures while at the same time producing an unhealthy miasma of violence and fear. Homophobia is both war and gangrene.

Key words

Homophobia and gays.

¹ Ponencia presentada el 4 de septiembre de 2002 en el VII Congreso Internacional Salud-Enfermedad de la Prehistoria al Siglo XII, ciudad de México.

La palabra

La palabra *homofobia*² es cada vez más utilizada, pese a que hay quien discute su pertinencia etimológica o su precisión descriptiva; se argumenta (a favor o en contra) su adecuado o inaceptable uso para decir "lo que se supone quiere decirse": nombrar, calificar o denunciar opiniones y actos de prepotencia, ilegalidad e inequidad frente y respecto a las conductas sexuales, las expresiones públicas y las opiniones de hombres y mujeres homosexuales (y en forma más amplia, de bisexuales, travestis y transexuales). Sin embargo, tales discusiones aportan nada (o casi nada) a la comprensión de aquello a lo que pretende hacerse referencia con la palabra, porque independientemente de qué tan válidas o necesarias sean dichas discusiones, el peso emocional y la semántica del término no se agotan ni diluyen en el vacío de la palabra *per se*.

Hoy por hoy, el vocablo *homofobia* forma parte del lenguaje (en gran cantidad de idiomas) y ocupa espacios y tiempos en la prensa escrita, radiofónica y televisiva (y más recientemente en Internet). Se le utiliza en el ámbito académico, en comentarios callejeros, en conversaciones domésticas y debates políticos de muy diverso corte... aunque quienes la emplean no siempre se detengan a pensar en sus posibles alcances y resonancias a través de las imágenes mentales y simbolizaciones que genera, ni reconozcan las variadas respuestas psico-afectivas, médicas, legales, ideológicas, etcétera, que provoca el fenómeno al que se alude. Al hablar de homofobia muchas veces se obvian o silencian (niegan, desatienden o ignoran) los numerosos contenidos y sentidos que, desde una perspectiva sexo-política, se pretenden concentrar en la fonética y escritura de la palabra misma: *el miedo irracional, pasional y obsesivo hacia la homosexualidad, hacia los homosexuales* y, por extensión: *el rechazo, el desprecio y el acoso, la injuria, la devaluación, la represión y la persecución de éstos y del homoerotismo* (en tanto vivencia y experiencia comportamental).

Precisiones gramaticales y lingüísticas aparte, *homofobia* no es sólo una palabra más y prescindible; es una voz que da presencia a un hecho, a una construcción social, por lo que tampoco es inocua o neutra, pues, como apunta Didier Eribon: "El lenguaje nunca es neutral, y los actos

² Del griego *homo*, "mismo", y de *fobia*, "aversión, aborrecimiento, ojeriza, manía, animadversión, antipatía, miedo, temor". Evidentemente no hace referencia a una generalizada adversión, un miedo o una antipatía hacia *lo mismo*, sino que el prefijo *homo* se utiliza para hacer una referencia (abreviada) a la *homosexualidad*. Cabe recordar que, de hecho, el término *fobia* alude (nombra la mitología griega) a un dios menor del *miedo*, que acompañaba a *Ares* (dios de la guerra) buscando su protección.

de nominación tienen efectos sociales: definen imágenes y representaciones" [Eribon, 2001:23].

Homofobia es una palabra que señala, muestra y distingue un fenómeno; un vocablo que nombra algo cuyos contornos y contenidos quizá la rebasen, pero que deviene en noción y concepto que da cuerpo y referencia a un fenómeno complejo, cuyos numerosos aspectos biológicos, psicológicos, sociales y culturales (tanto históricos como biográficos) atraviesan y median el uso mismo del término. Un fenómeno que demanda, cada vez más, estudios, análisis y reflexiones desde un amplio espectro o abanico de perspectivas. De hecho, ya desde la segunda mitad del siglo XIX [Lauritsen y Thorstad, 1977; Eribon, 2001], el reconocimiento del hecho discriminatorio obligó a intentar el estudio y la comprensión tanto de los comportamientos homosexuales como de las tradiciones culturales que daban cuenta del fenómeno. Hoy se requieren estudios desde muy diversos ángulos de aproximación que, sin olvidar al fenómeno como un todo, no dejen fuera los substratos, matices, efectos y significados históricos, ideológicos, políticos, económicos y de salud (por mencionar sólo unos cuantos), que hacen de la homofobia un hecho social y cotidiano, un hecho vivido, un evento generador de vivencias y experiencias. Se requieren estudios que no pasen por alto las cualidades, los rasgos y las formas de expresión del fenómeno y que permitan detectar los ambientes y los procesos que genera la homofobia en el concierto-desconcerto socio-cultural en que el animal humano se expresa, en función de los imperativos comportamentales de agresividad, territorialidad, sexualidad e inquisitividad.

El fenómeno y la actitud

La homofobia necesita ser pensada, no sólo en función de las acciones sino como fenómeno social y en términos de actitud,³ que devienen en mentalidad. Fenómeno y actitud que con frecuencia no se quiere ver ni reconocer como problema social (o bien, se minimiza), pero cuyas significaciones e implicaciones subyacen en numerosas leyes y reglamentaciones, en no pocos procedimientos administrativos y en la aplicación de la justicia, así como en algunas políticas de seguridad y salud públicas, y de manera más que directa (no siempre evidente) en las políticas educativas y laborales. De ahí que la homofobia condicione y matice el devenir cotidiano, vía el tratamiento que en el seno familiar, en las ins-

³ En el presente trabajo se utiliza el término *actitud* en un sentido amplio que supone *creencias, ideas, opiniones y juicios*, tanto como *acciones, reacciones y conductas* en general.

tituciones médicas y jurídicas, en los centros educativos, de trabajo y en los recreativos, en las iglesias, en la prensa y en los ejércitos se les da a las personas por sus preferencias y conductas homoeróticas (o incluso por su apariencia y sus maneras).⁴ Tratamientos no sólo discriminatorios sino también metaforizados, en virtud de numerosas presiones morales y económicas, que en los tiempos que corren se ven intensificadas como reacción, por un lado, a la cada vez más abierta y extendida manifestación pública de los hombres y las mujeres homosexuales —a partir de la rebelión de *Stonewall* en Nueva York, en junio de 1969— y, por otro, a la emergencia epidemiológica del sida, a principios de los años ochenta.

Ahora bien, al hablar de *homofobia* (o decir *homóforo*) se tiende a pensar en acciones concretas dirigidas a los homosexuales, sin tomar en cuenta (ni mucho menos reconocer) que tales acciones necesarias e inevitablemente hunden sus raíces en maneras de ver, percibir, sentir y pensar sobre y respecto a las conductas homoeróticas y a los homosexuales como individuos; maneras de ver, percibir, sentir y pensar que tienen una larga historia. Como atinadamente expresara José Joaquín Blanco:

[...] La homosexualidad —como cualquier otra conducta sexual— no tiene esencia, sino historia. Y lo que se ve ahora de diferente en los homosexuales no es algo esencial de personas que eligen amar y coger con gente de su mismo sexo, sino propio de personas que escogen y/o son obligadas a inventarse una vida [...] en la periferia o en los sótanos clandestinos de la vida social [Blanco, 1988: 183 y s].

Desde una perspectiva simplista que pretende explicar las dinámicas sociales y culturales en función de dos polos (*heterosexual-homosexual*, *bueno-malo*, *sano-enfermo*, *virtud-pecado*, *lícito-ilícito*), la homofobia queda reducida a una tensión entre dos partes confrontadas por sus pretendidas "esencias" ("naturaleza", "sino" o "predisposición genética"), ocultando (o no queriendo ver) su característica de tensión retroactuante de —y en— un todo sin esencia, naturaleza o sino unívoco. Esta visión, por consiguiente, oculta el papel que la homofobia juega,

⁴ Una verdadera batalla legal se produjo en Estados Unidos, que derivó en la política "No preguntes, no digas", respecto a la presencia de homosexuales en las fuerzas armadas; y en México, hace poco más de un año, se denunciaba en la prensa el aviso, en la entrada de un balneario, que prohibía "la entrada a animales y homosexuales".

por un lado, como escenario y, por otro, como dispositivo.⁵ Actualmente es imprescindible sustituir dicha perspectiva por otra que no evada la complejidad; una perspectiva desde la cual se piense la homofobia en términos de fenómeno plurívoco, de flujo de cualidades y resonancias que —contrariamente a lo que se suele pensar— no sólo afecta a los sujetos y grupos homosexuales, sino también a los individuos, grupos e instituciones que la avalan, sienten, promueven y ejercen, produciendo lo que Fernando Savater denominó “una sociedad enferma” [v. Enríquez, 1978].

Cuando hablamos de homofobia tenemos que pensar más allá de lo inmediato, pensar en términos de devenires y mentalidades y, en consecuencia, de una atmósfera social que orilla a un sector de la población a moverse y a resistir en la oscuridad, frente a otro sector que, en plena luz, a su vez se resiente y se resiste ante la presencia de seres que le generan un desánimo, que percibe perturbadores y que le afectan directamente por el hecho de existir, de formar parte de la dinámica social y subvertir de alguna manera un orden que se piensa y se pretende inamovible e inevitable. En tanto que fenómeno y actitud, la homofobia configura mentalidades y una atmósfera que impronta aprendizajes en unos y en otros (léase *héteros* y *homosexuales*), que los mueve a idear diversas estrategias y que, por resonancia, modela y modula una pluralidad de reacciones y respuestas emocionales que sobrevuelan y van más allá de un acto concreto y directo de una persona o institución respecto a otra persona o sector de la población. En consecuencia, la homofobia deviene en escenario y disposición para una pluralidad de dinámicas; entre ellas, una violencia polimorfa que se expande y generaliza, y la emergencia de no pocos trastornos e incluso patologías físicas y mentales que tornan disfuncionales (en más de un sentido) tanto al sujeto homófobo como a sus víctimas, en la medida en que genera en ambos sentimientos de desconfianza y vulnerabilidad: la existencia y presencia del otro provoca desconcierto y descontrol y desencadena irritación, ansiedad, depresión, etcétera [v. Lizarraga y Juárez, 1989].

La narración y el discurso

Desde la perspectiva de la antropología del comportamiento, cabe pensar la homofobia como *narración* y *discurso interiorizado que configuran una actitud* (tanto individual como colectiva y social), que deriva en mane-

⁵ Dispositivo de poder y de juicio, de definición, calificación y valoración-devaluación del otro. Para ampliar este punto, ver Foucault [1978, 2000] y Eribon [2000, 2001].

ras de construir, percibir y comprender el mundo desde una perspectiva centralizada en una sexualidad genésica (o potencialmente genésica); perspectiva que torna hegemónica una política sexual heterocéntrica (amén de falocentrista y hembrista).⁶

Como narración y discurso interiorizado, la homofobia se sustenta en construcciones parcelarias que, vía juicios, opiniones, acciones y emociones, delinean y promueven confrontación, distanciamientos y desgarros en las siempre paradójicas relaciones, interacciones y retroacciones entre los sujetos, y entre éstos y las instituciones sociales.⁷ Así, la homofobia media y matiza, por extensión, otras nociones y categorías sociales, tales como "moralidad", "ética", "justicia", "legalidad", "salud", "bienestar", etcétera. Es por ello que Didier Eribon sostiene que: "Hay que analizar el discurso homófono como un sistema general de enunciación, instauración y legitimización de las jerarquías, discriminaciones y desigualdades" [Eribon, 2000].

Como fenómeno y actitud, como narración y discurso, la homofobia atraviesa e impregna el vivir y las experiencias, tanto del hombre y la mujer heterosexuales como del hombre y la mujer homosexuales (incluyendo a bisexuales y a aquéllos a los que se ha dado en llamar *transgéneros*); y los afecta a todos (si bien de manera distinta), en la medida en que perturba (desde afuera e incrustándose en el adentro) la autoestima y la posible convivencia entre unos y otros [v. Powers y Ellis, 1998]. Entonces, la homofobia no se produce en el momento del encuentro, sino que lo precede, incluso precede a los individuos. Antes de nacer y de reconocerse el individuo como heterosexual u homosexual (según el caso), la homofobia ambienta los espacios de sus posibles encuentros con *los otros*, por ello nos convierte a todos en entes casi abstractos y atemorizados y nos condiciona y prepara para enfrentarnos como opuestos y antagonistas... inmersos en un escenario propicio para la violencia y el trastorno emocional. Andrew Sullivan lo recuerda al decir: "Habíamos aprendido los mecanismos de hostilidad hacia la homosexualidad antes de tener la más mínima noción de a lo que se referían" [Sullivan, 1999:18].

⁶ En la medida en que se piensa la sexualidad centralizada en la genitalidad, y que ésta supone necesariamente el intercurso pene-vagina, muchas veces la homofobia, frente a las lesbianas, se expresa por una fantasía erótica del hombre heterosexual, que deviene en acoso sexual, porque imagina que la lesbianidad se debe a una insatisfacción sexual de la mujer por no haber encontrado al "macho" adecuado; también es frecuente que la mujer heterosexual piense que el hombre homosexual sólo necesita encontrar a la mujer que le sepa "despertar" el deseo por los genitales femeninos.

⁷ Como el Estado, la familia, la justicia, la Iglesia, la escuela, la medicina, el deporte, la prensa y el trabajo.

La homofobia es una narración del otro que condiciona una manera de ver y de sentirse visto, que prefigura un discurso y numerosas respuestas que sustentan una frágil, violenta y morbosa red de relaciones, en la que subyacen rechazos y reclamos en relación con los deseos, las imágenes y las vivencias tanto hetero como homoeróticas; las primeras, instituidas como deseables, naturales, legítimas y privilegiadas (pero que se sienten amenazadas por la diferencia); y las segundas, tenidas como blanco de injurias, desprecios, rechazos, desigualdades y persecuciones (por lo mismo, igualmente amenazadas). La penetración de la homofobia resulta tan profunda que ninguno de los actores (protagonistas y antagonistas) escapa a sus efectos, por lo que deviene en *vivencia y experiencia compartida*; y aunque las historias personales, en uno y otro caso, deriven en reacciones, movimientos y percepciones diferentes, comparten sensaciones, sentimientos y pasiones violentas y enfermizas. Al respecto, Guy Hocquenghem apunta:

El discurso de la sociedad sobre la homosexualidad, interiorizado por el homosexual, es el fruto de la paranoia que un modo dominante de la sexualidad, la heterosexualidad familiar reproductora, utiliza para expresar su angustia frente a las formas siempre renacientes de los modos sexuales eliminados [Hocquenghem, 1974:18].

Por ello hay que pensar la homofobia no sólo como acción (conducta) dirigida de "A" hacia "B" (sean "A" y "B" individuos, grupos o sectores poblacionales). La homofobia, antes que confrontación directa entre individuos, es fuente y ciclorama de una diversidad de conflictos psico-afectivos y socio-culturales que se expresan tanto en el sujeto para sí como del sujeto hacia y para los otros, fracturando las posibilidades de un nosotros. Las maneras de expresarse del conflicto van desde los rechazos (incluso sutiles o disimulados) y las injurias hasta las vergüenzas y las culpas tamizadas por el miedo. Al respecto, y reflexionando en concreto sobre el peso, los significados y alcances de la injuria homófoba, y a través de un ejemplo concreto y actual que mueve a debates acalorados, el reconocimiento legal de las parejas homosexuales, el mismo Didier Eribon añade:

[...] La injuria homófoba se inscribe en un continuum que va de la palabra proferida en la calle [...] pasando por las palabras que están implícitamente escritas sobre la puerta de la sala de matrimonios de los juzgados: "Prohibido a los homosexuales"; las prácticas profesionales de los juristas que inscriben

esta prohibición en el derecho y hasta los discursos de todos los que justifican estas discriminaciones en artículos que se presentan como elaboraciones intelectuales (filosóficas, sociológicas, antropológicas, psicoanalíticas, etc.) [...] no son sino discursos pseudo eruditos destinados a perpetuar el orden no igualitario, reinstaurarlo, ya sea invocando a la naturaleza o a la cultura, a la ley divina o a las leyes de un orden simbólico inmemorial. Todos estos discursos son actos, y actos de estricta violencia [Eribon, 2000:59].

La homofobia, por ende, deviene en estímulo y atmósfera que, como afirma Eribon, muchas veces se expresa de manera incluso retórica, pero que se experimenta como ataque físico y directo, como persecución y como estado vigilante que deriva en aislamiento social, internamiento en cárceles y hospitales o incluso asesinatos, así como en recriminaciones, arrepentimientos, introspección, mutismo, miedo (incluso pánico), desconfianza, inseguridad, neurosis y suicidios. Consecuentemente, hay que abordar y tratar el fenómeno de la homofobia en términos de emergencias y cualidades comportamentales que penetran y atraviesan a los sujetos sociales, modelando y mediando identidades, emociones, desempeño social, formas y estilos de vida.

La tela de araña

La homofobia, en tanto actitud compartida, incide en descripciones, estimula caricaturas, crea y fortalece estereotipos y verdades temporales que generan malestares y conductas que son fuente de violencia y miedos. En otras palabras, la homofobia no podemos (ni debemos) pensarla sólo en términos bipolares y maniqueos de "agente y receptor", de "víctima y verdugo" o de una confrontación lineal, pues posee una estructura que no sólo antecede a la acción (dado que tiene historia), sino que tras ella permanece intocada (cuando no, fortalecida) [Bersani, 1998:192].

Es por ello que, igual que al machismo, al racismo, al clasismo y a otros *ismos* fundamentalistas (en más de un sentido equiparables [Eribon, 2001]), a la homofobia, podemos pensarla (y quizás debiéramos reconocerla) como una especie de tela de araña que atrapa al todo social y lo hace vibrar en un juego truculento y malsano de desconocimientos y desconfianzas: *una red de plurales cualidades y resonancias* que fluyen entre los diversos componentes de una endogenia, que da cuerpo a individuos y grupos singulares (*los heterosexuales y los homosexuales*), y entre los múltiples y cambiantes componentes de una exogenia, que configura a los grupos e instituciones que se instituyen como hegemónicos (*población heterosexual e instituciones heterocéntricas como la*

familia, la escuela, la Iglesia, etcétera), o que emergen como alternativos —cuando no subversivos— (*población homosexual y estilos de vida diferentes*).

La homofobia, como cualquier otra actitud que supone una trampa en la que quedan atrapados los sujetos sociales, es una plataforma discursiva que prepara un escenario para la acción, por lo que no tiene un contorno preciso y una significación unívoca sino una imagen difusa y un amplio espectro de significaciones, no libres de contradicciones y giros paradójicos. Más que por los contornos y patrones, la homofobia se manifiesta mediante la efervescencia de extensiones culturales y emocionales que median "maneras de ser" y direccionan "maneras de sentir, mirar, aprehender y comprender", tanto en los heterosexuales como en los homosexuales. Por consiguiente, genera un ambiente propicio para la violencia y numerosos cuadros patológicos que las políticas de salud, de seguridad pública y de justicia aún no asumen como un objetivo no sólo necesario, sino urgente.

Las pasiones

La homofobia podríamos compararla tanto con el amor como con el odio, en la medida en que una y otra pasión se ven reactivadas, mediadas y contenidas en el miedo, la vulnerabilidad, la gregaridad y la curiosidad (en tanto reactivos de los imperativos comportamentales). Y es comparable (y confundible) con dichas pasiones, en virtud de que en la expresión, manifestación y vivencia de la homofobia, subyacen emociones y sensaciones, percepciones y delirios que dan cuerpo a una disposición pasional o, en otras palabras, a sentimientos desmesurados que desbordan todo posible límite del sentir, del deber y del "llegar a ser" de los sujetos sociales (en términos históricos y ontogenéticos).

En su dimensión desmesurada, pasional, es donde se gesta la emergencia patológica de la homofobia como narración y discurso que configura una actitud, y su manifestación violenta como recurso para el control o el autocontrol. El control, vía la imposición de límites, etiquetas y sanciones de muy diverso tipo, y el autocontrol, por lo general a través de pedidos de auxilio a iglesias y terapeutas, y/o la vivencia de una doble vida, la autoimposición de la hipocresía, el fingimiento y el ocultamiento... el llamado "clóset", que mina la autoestima, la confianza en uno mismo y en los demás, y que al avalar la narrativa homófoba, imposibilita ver una imagen no distorsionada de uno mismo en cualquier espejo público. Tras las veladuras que impone la homofobia, la imagen que muestran los espejos es la de la enfermedad y la violencia: rostros y cuerpos devastados por el

miedo y el dolor, por la insatisfacción, la ansiedad y la ira... erosionados por la autodestrucción y la venganza.

Bibliografía

Bersani, Leo

1998 "Las estructuras de la opresión sobreviven a los agentes de la opresión", en *Homos*, Buenos Aires, Ediciones Manantial.

Blanco, José Joaquín

1998 "Ojos que da pánico soñar", en *Función de Medianoche*, México, Era.

Enríquez, José Ramón (ed.)

1978 *El Homosexual ante la Sociedad Enferma*, Barcelona, Tusquets.

Eribon, Didier

2000 *Identidades*, Barcelona, Bellaterra.

2001 *Reflexiones sobre la Cuestión Gay*, Barcelona, Anagrama.

Foucault, Michel

1978 *La Voluntad de Saber*, Madrid, Siglo XXI.

2000 *Los Anormales*, México, FCE.

Hocquenghem, Guy

1974 *Homosexualidad y Sociedad Represiva*, Buenos Aires, Granica.

Lauritsen, John y David Thorstad

1977 *Los Primeros Movimientos en favor de los Derechos Homosexuales (1864-1935)*, Barcelona, Tusquets.

Lizarraga, Xabier y Luis Guillermo Juárez

1989 "En torno al concepto de Sociodistonia y las preferencias sexo-eróticas", en *Estudios de Antropología Biológica. IV Coloquio de Antropología Física "Juan Comas"*, México, UNAM/INAH.

Powers, Bob y Allan Ellis

1998 *Acéptate, Acéptalo (Cómo explicar —y comprender— las distintas orientaciones sexuales)*, Barcelona, Paidós.

Sullivan, Andrew

1999 *Prácticamente normal*, Barcelona, Alba Editorial.